

FRANCISCO
PEDRAZA

EL EMPRESARIO HOY

UN HOMBRE, AL SERVICIO
DE LOS HOMBRES

Introducción.

La ganancia nunca ha sido estimada como la fuerza más noble en los negocios humanos.

En los pueblos primitivos eran vistos como inferiores "los que hacían cosas"; en cambio, eran estimados los cazadores y los guerreros; en la Grecia clásica las actividades productivas eran desemeñadas por esclavos.

El dinero, el intercambio y el espíritu mercantil fueron considerados por Platón necesarios, pero bajos y envilecedores. En la Edad Media persistió la condena de la ganancia como motivo.

Y a pesar de todo, los negocios y la ganancia han persistido en el mundo y han florecido. ¿Será que todos los que condenaron la ganancia como motivo único o principal estaban equivocados?. ¿O en verdad, la ganancia no ha sido el motivo central del hombre que encabeza un negocio? ¿O es necesario que haya hombres que envilezcan su vida en la adoración del oro, para que otros puedan subir a las alturas del espíritu?

No es mi intención invitar a Uds., señores, a una reflexión filosófica sobre estas cuestiones;

porque no somos filósofos los aquí presentes, sino hombres de negocios. Pero podemos reflexionar juntos, como lo hacemos a diario en toda planeación, programación o decisión:

- 1o. Sobre cuáles son los verdaderos objetivos de nuestra acción económica y cuál es la importancia de alcanzarlos;
- 2o. Sobre la responsabilidad que pesa sobre el empresario de alcanzar los verdaderos objetivos de su acción profesional;

30. Los peligros que corremos y hacemos correr a otros si no conocemos nuestros verdaderos objetivos o no empleamos convenientemente los medios para alcanzarlos.

Espero que mi exposición sea una ayuda para nuestra reflexión común, ya que en esta materia tan importante, creo que ningún hombre de negocios, puede considerarse como autoridad indiscutible. Pero considero que más que mis palabras importará la reflexión limpia de todos, la honradez con nosotros mismos y la franqueza en nuestro diálogo.

Naturaleza de la acción económica.

El empresario se encuentra sumergido en la actividad económica. Algunos han llegado a decir que debiera desentenderse de lo demás. Por esto nos conviene determinar bien una cuestión fundamental: ¿Es la actividad económica una realidad **física**, o es una realidad **social** y por lo mismo humana?

Dos grandes realidades circundan al hombre: una es la realidad **física**, constituida por las cosas materiales: astros, metales, plantas, animales, montañas, ríos, etc.; otra es la realidad social constituida por el conjunto de actividades humanas, esto es, por las acciones y relaciones de los hombres que se influyen mutuamente en la sociedad.

Generalmente cuando se habla de cuestiones económicas o de actividad económica, se piensa inmediatamente en alimentos, vestidos, casas, fábricas, dinero, es decir, en cosas materiales. Sin embargo, todas esas cosas por sí mismas no constituyen lo económico, ya que si dejara de existir el hombre todas esas cosas dejarían de tener razón de utilidad y por lo tanto ya no serían "riqueza".

Lo que configura esencialmente lo económico son **las acciones**

de los hombres respecto a esas cosas, esto es: la **producción de alimentos**, la **compra de vestidos**, la **dirección de fábricas**, la **administración de las finanzas**, el **ahorro**, del dinero. Todas esas realidades: producción, ahorro, administración, etc., se hacen utilizando cosas materiales como instrumentos; pero ellas en sí mismas son actos humanos.

De ahí que la **realidad económica**, al consistir fundamentalmente en **actividades humanas** pertenece, no al mundo inerte de lo físico y material, sino al complejo y superior mundo de lo humano.

La actividad económica la desarrollan los hombres al modificar el conjunto de medios útiles y escasos a disposición de un individuo o conjunto social para emplearlo en alguna cosa útil para su vida.

Es importantísimo que tengamos bien claro que por su esencia la actividad económica es una actividad humana. Porque si es actividad humana, es inteligente y voluntaria; no es ni automática, ni al acaso. Por lo menos para quienes estamos convencidos que el hombre es un compuesto indisoluble de materia y espíritu. Pero si la actividad económica es voluntaria, está necesariamente regida por un **fin** que se considera más importante que otros y por eso se escoge, ya que el hombre todo lo efectúa por **un fin**.

Cuando se busca, por lo tanto, el motivo por el cual una persona elige comprar, vender, o fabricar un artículo en determinado momento, no bastará contestar: "porque así le conviene en ese momento". Habrá que investigar más allá porqué **le conviene** tal cosa y esa depende del fin que se proponga. Un hombre ante un árbol pensará en derribarlo si su fin es solamente satisfacer su hambre o sed. Pero si ese hombre quiere tener frutas en el presente y en el futuro buscará los medios para obtener el fruto sin derribar

el árbol. Pero si el árbol es ajeno y el hombre quiere respetarlo, decidirá comprar las frutas.

Con esto llegamos al meollo de la actividad económica. La conveniencia económica está subordinada a un fin, al objetivo que se persigue; pero este objetivo puede el hombre subordinarlo a un fin más importante, de orden superior, y así sucesivamente hasta llegar al **fin último** al que una persona subordina todas sus acciones.

Por eso es legítimo hablar de la conveniencia o inconveniencia de una acción económica de un **modo absoluto**, pues se quiere decir que tal actividad económica corresponde a lo que los hombres consideran el fin último de la vida.

Esto nos indica que la economía como actividad está sumergida, y en gran parte subordinada, a la mentalidad de los hombres que la efectúan, a su escala de valores, a las instituciones que la encuadran, y que no solamente influencia como quiere Marx todas las costumbres y vida social de los hombres, sino que en su mayor parte está subordinada a las costumbres, la conciencia y la vida social de los pueblos.

Precisamente porque los valores de la sociedad global encuadran la economía, que no es sino un sector de ella, encontramos la actividad económica orientada por diversos valores a través de la historia.

Puesto que la economía fue para los liberales manchesterianos: un campo de lucha de hombres movidos sólo por la ganancia, los empresarios se sintieron y se proclamaron fuera de la responsabilidad social y aun de las normas de la ética: otros debían ocuparse de estos campos, a ellos, a los empresarios, les tocaba ocuparse de producir económicamente. L. Robbins llegó a proclamar: "la economía es absolutamente neutra con relación a los fines".

Hoy aquella postura de los economistas clásicos ha sido objeto de una revisión por los nuevos economistas. La problemática del desarrollo y sobre todo la de la planificación han puesto en claro cómo en el seno mismo del proceso económico existe la necesidad de tomar opciones fundamentales, que se relacionan con los fines humanos.

La responsabilidad empresarial.

Por otra parte al cambiar el tamaño y naturaleza de las empresas se ha visto palpablemente su efecto en la sociedad total. El pequeño negocio personal o familiar podía seguir quizá su propio interés, sin que afectara notablemente la sociedad. Pero al crecer la empresa hasta hacerse del tamaño de un pueblo, sus decisiones (p.ej.: despedir en masa) llegaron a afectar a poblaciones enteras.

El crecimiento y concentración de los negocios llevaron de hecho a los Estados a decretar leyes que determinaran su responsabilidad social. Y los empresarios han aprendido a aceptar esas responsabilidades marcadas por las leyes aun cuando no siempre lo han hecho así conscientemente.

Empresarios notables de países desarrollados han llegado a decir:

10. Que es benéfico, en pesos y centavos, para la empresa la aceptación de las cargas sociales, porque los obreros y empleados aumentan su productividad cuando tienen el sentimiento de la seguridad del trabajo y de un salario más satisfactorio;
20. que el empresario debe reconocer que la ganancia monetaria no es la única motivación del trabajador; la reputación y valores de la compañía llegan a atraer a los mejores hombres que quieren identificarse con una empresa que persigue valores sociales más ele-

vados que la desnuda ganancia;

30. que está condenada por lo menos a la fosilización, si no es al fracaso, la empresa que actualmente no llega a inspirar en sus trabajadores, no solamente la solidaridad de grupo, sino más aún el sentimiento del desarrollo de la propia personalidad.

Por esto, al descubrir y aceptar la responsabilidad social de la empresa, si no han dejado a un lado el motivo de la ganancia ciertamente se han visto obligados los empresarios a conjugar tal motivo con otros, a veces más urgentes e importantes, por ejemplo: la **estabilidad** y la **continuidad** de la empresa, que hoy en día se ven seriamente obstaculizadas por las condiciones inestables creadas por la competencia monopolística, la cual reviste muchas veces dimensiones mundiales. El **prestigio** del empresario ya no se juega tanto en la obtención de ganancias cuanto en la estabilidad y sano desarrollo del negocio. Esto sobre todo en las empresas grandes donde el empresario no es necesariamente ni siquiera el socio mayoritario. En este caso, sobre todo, la acción empresarial aparece más claramente como un servicio a los accionistas, ciertamente; pero también a los demás componentes de la empresa y al público en general. Su acción, por lo tanto se parece cada vez más a una técnica **estratégica** y **psicológica** que a los ajustes cuantitativos de la oferta y la demanda.

Actividad humana.

La ciencia y la experiencia han puesto en evidencia, de esta manera, lo que la filosofía y la ética ya habían proclamado; que la actividad económica no es un proceso mecánico sino que es una actividad hecha por hombres, realizada con hombres y toda ella orientada a servir a los fines vitales del hombre, y que el papel del

dirigente económico debe estar subordinado a esos fines amplios.

¿Ahora bien cuáles son esos fines vitales del hombre en nuestra sociedad pluralista, pero de cultura occidental y todavía impregnada de humanismo cristiano? ¿Podrá ser el objetivo supremo del hombre de hoy el "rendimiento", o el "enriquecimiento"? ¿Será su mayor anhelo únicamente el bienestar material?

La cuestión señores es grave, porque si descubrimos que nuestra actividad profesional, de dirigentes de la economía, nos exige servir a los fines del hombre importa mucho saber cuáles son esos fines.

Los fines humanos.

Creo yo que para determinar los fines del hombre podríamos seguir dos caminos: uno, ver qué han dicho los pensadores, y otro ver qué anhelan de hecho los pueblos.

Las corrientes del pensamiento humano son el termómetro de la vida económico-social de los pueblos, ellas nos indican la importancia y la jerarquía que atribuimos a los valores. La sociedad humana ha visto oscilar ese termómetro, desde la vida que entraña el postulado de Hobbes: "el hombre es un lobo para sus semejantes", hasta la sociedad que trata de encarnar, el principio de la fraternidad y de la convivencia ordenada y armoniosa.

Ante la observación de esta mutabilidad periódica, cabe preguntarse la razón de cambios tan radicales en el pensamiento humano y en sus proyecciones a la vida práctica.

Una reflexión madura sobre este problema nos lleva a la idea de que el enfoque proyectado por las diversas sociedades sobre la vida económica parte de la jerarquía de valores que tienen los pueblos. En efecto, una sociedad hedonista tendrá, como punto de partida y meta el egoísmo; una sociedad

materialista tendrá como fin el bienestar material, con el descuido y atropello consiguiente de los valores superiores.

Nos encontramos señores, en una encrucijada de la historia, por un lado saliendo apenas del materialismo liberal manchesteriano, que quiso confiscar la economía haciendo de ella un instrumento de beneficio unilateral para los pocos. Pero nos encontramos también sorteando apenas el abismo del materialismo radical marxista, que atizando y acelerando las luchas, trata de empujar a la historia hacia la obtención de una sociedad guiada, gobernada y satisfecha por lo puro económico.

En esta encrucijada, la figura del empresario cobrará su talla definitiva y colosal si se apodera del fuego sagrado de una visión integral del hombre y de la economía, y si, apoyado en ella, no se deja empujar por los acontecimientos sino que empuña el timón para lanzar a la economía por su cauce verdadero: hacer de ella servidora del hombre, de todo hombre y de lo más excelso que hay en el hombre.

La valoración que nos propone la sabiduría occidental inspirada en el cristianismo muestra que existen bienes superiores a los que proclama el utilitarismo o a los que propugna el materialismo; esos bienes son los valores del espíritu, que en el mensaje evangélico se traducen en el "Reino de Dios y su Justicia".

Porque para nosotros el hombre no es un conglomerado de células materiales, ni un haz de deseos, sino un compuesto indisoluble de cuerpo y espíritu, que se eleva por encima de todo lo creado por esa chispa de divinidad que lleva en su ser: su alma, que le hace libre, responsable, inteligente; orientado y subordinado totalmente tan sólo al Ser trascendente que lo ha creado.

El empresario, hombre de pen-

samiento y acción, tiene una sublime tarea: la de dar vida, ordenar y armonizar los elementos, en sí mismos amorfos y estáticos, de la producción. Y si bien entre esos elementos encontramos algunos inanimados, entre ellos también se encuentra el trabajo, el elemento humano que es materia y es también espíritu, que requiere dirección y ayuda, comprensión y estímulo. Es aquí donde la proyección de la enseñanza evangélica pasa de letra muerta a convertirse en vida cotidiana encarnada en la actividad del empresario humanista o cristiano; es aquí donde encontramos el valor divino de lo humano; es aquí donde encontramos los medios adecuados de la conquista del Reino y su justicia; porque mal puede pregonar que ama a Dios quien no sirve a sus semejantes.

La actividad material que desarrolla el empresario impregnada de una concepción hedonista o materialista, es casi la misma que realiza un empresario humanista con conciencia social, inspirado en valores cristianos; ambos planean, proyectan, dirigen, encauzan. Sin embargo la ambición, el egoísmo, la comodidad, serán el ámbar que impregne la conducta del primero; mientras que el afecto fraterno, el sentido humano de comprensión y ayuda altruista y desinteresada, el espíritu fraterno y la búsqueda de los valores humanos supremos, impregnan la conducta del segundo.

La misma constitución física del hombre nos señala una cruz, cuya cabeza se lanza el infinito y cuyo travesaño se lanza al horizonte; ese es el lema del empresario con sentido humano trascendente: lanzarse a las alturas en busca de valores supremos, valiéndose de la ayuda que presta a sus semejantes; un hombre que ayuda a los hombres.

Conclusión.

Si el empresario ha de servir verdaderamente al hombre me-

dante su actividad económica tendrá que:

—Producir retribuciones adecuadas para los diversos colaboradores de la empresa: inversionistas, empleados, obreros, distribuidores, técnicos...

—Ser técnicamente eficiente en la organización y productividad de la empresa.

—Lograr que la organización, sistemas de producción, relaciones industriales, etc., ayuden a todos los colaboradores a poner en obra y desarrollar sus mejores cualidades humanas (libertad, iniciativa, responsabilidad, solidaridad). Esto implica superar al autoritarismo el paternalismo bonachón, etc., y lograr la delegación de autoridad, la comunicación ascendente y descendente, el respeto y ayuda al sindicato, el trabajo humano del personal, la promoción humana de los trabajadores, de los técnicos, los cuadros y los nuevos empresarios.

—Hacer que la empresa una a los que en ella participan por un interés común compartido (el bien común de la empresa), por una solidaridad amistosa, por una participación cada vez mayor en los frutos, la propiedad y la responsabilidad de la misma empresa.

Si logramos encauzar estas ideas en nuestra labor cotidiana, habremos sentado las bases de una sociedad próspera y feliz, porque la verdadera prosperidad y la felicidad auténtica, no se cifran en la engañosa y atractiva abundancia de bienes materiales, sino en la armonía, paz y concordia de los hombres, en la fraternidad de los que luchan hombro con hombro por conquistar las satisfacciones materiales y espirituales, colocando a cada uno de ellos en su debida gradación.

Si logramos encauzar estas ideas, repito, nosotros hombres de empresa nos convertiremos en "hombres al servicio de los hombres".